

AMOR y ALEGRÍA

La voz del Peregrino ®

Buenos Aires

Año 2 n. 21 (nueva serie) (293)

Marzo 2021

La imitación

Vivimos imitando modelos

Oswaldo Santagada

Los sabios han descubierto que los niños aprenden más imitando que estudiando. Cada uno de nosotros lleva en sí la imitación de las cosas buenas o malas que vivió. Esta realidad es un llamado para nosotros, porque nuestra conducta es imitada por los demás. Cuando los padres dejan a sus hijos imitar a todos, menos a los creyentes, cometen una injusticia y están preparando a sus hijos para una muerte pésima.



Jesús aprendió el amor a Dios imitando a José y a María.

Jesús se hizo hombre de veras, no en apariencia. Tuvo que mamar, crecer, aprender, trabajar, luchar, estudiar, pensar, juzgar y ser responsable y consciente de su vida. María y José le enseñaban adorando a Dios ellos y orando siempre. Le enseñaron a ser generoso, a querer a la gente, a saber perdonar, a vivir en la búsqueda de lo bueno. Sobre todo, es maravilloso, que Jesús haya vivido su adolescencia y madurez trabajando junto a José en un taller de artesanos. José debe haber insistido en los trabajos perfectos, bien hechos, sin hacer acepción de personas. José vivió en su taller no para ganar dinero, sino para hacer feliz a la gente y a sus vecinos. Jesús imitó el modo de trabajar de José y cómo el trabajo puede ser un medio para vivir en comunión con el Padre.

Jesús aprendió de José el amor puro, y a vivir como hombre religioso

Jesús acompañaba a la sinagoga a José y a sus parientes. Y lo conocían como “el hijo del carpintero” (Marcos 6:3), como lo opuesto a sabio. Imitaba el silencio de José cuando se proclamaba la Palabra de los profetas y la ley de Moisés o cuando se cantaban los salmos. Imitó a María a cantar a Dios. Imitó a su madre a no hacer su voluntad, sino la del Padre celestial. Poco a poco Jesús se fue haciendo consciente del porqué de su existencia y el para qué había nacido. Y centro su vida en las cosas espirituales.

¿Por qué hay que dar gracias sin cesar?

Una forma de fomentar la cooperación

Oswaldo Santagada

Recuerdo que mi padre daba las gracias a mi mamá todos los días por la comida. Los cuatro hijos estábamos cansados de oír lo mismo. No se inmutó y siguió dando las gracias y elogiando las comidas. El efecto fue que mis padres se llevaron muy bien y lograron un éxito en sus proyectos que otros no obtenían. ¿Qué decía al levantarse de la mesa?: *Gracias por haberme permitido disfrutar de esta comida rica*. Nos parecía ilógico que procediera así, porque al fin y al cabo mi mamá no podía dejar de hacer esa tarea y recibía muchos regalos por su actividad en la casa. No sabíamos mi padre no daba las gracias sino reforzaba la relación conyugal y familiar.



Durante muchos años, cuando alguien me invitaba a comer afuera, iba a una antigua fonda del barrio de Santa Rosa. Después de comer, antes de irme, sin pedir permiso abría la puerta de la cocina y en voz alta daba las gracias a los cocineros y lavaplatos. Lo hacía porque me brotaba. Pensaba que un lavaplatos era tan importante como el dueño que estaba esperando elogios.

Cuando uno da las gracias fomenta la cooperación. Un famoso dueño de la IBM nunca estaba en su oficina, sino que salía a primera hora para recorrer la planta principal (que constaba de 8000 empleados y obreros) saludando uno por uno a los que trabajaban y

anotando en una libretita los cumpleaños y aniversarios, o fechas de los hijos. Comía con ellos. Así pasaba sus días. Nunca estaba de reunión y decía: *¿Para qué hay tantos gerentes inteligentes? Que solucionen ellos los problemas. Me debo ocupar de la gente y conocer sus necesidades. Mi tarea es transmitir a ellos las necesidades concretas de la gente.*

Todos necesitamos reconocimiento y agradecimiento. La gratitud y capacidad de reconocer es una virtud personal que se debe cultivar. En una familia, en una comunidad religiosa, en una empresa, en cualquier institución *los últimos* también cooperan para el éxito. ¡No cuesta nada dar las gracias! Recuerdo que un amigo entrenador de un gran cuadro de fútbol, cuando ganaban los partidos iba primero a los *utileros* a darles las gracias, y muy luego a los jugadores. El hombre era un genio porque esos servidores estaban pendientes de cualquier detalle del equipo. Y así lograba que estuvieran contentos, se sintiesen seguros en su puesto y pertenecientes al cuadro.

El rol superior

Potenciar nuestro aporte de valor

Fernando O. Piñeiro

Cada uno tiene en la parroquia, la institución que colabore o la empresa en la que trabaje una función y responsabilidad definida. En algunas organizaciones están descriptas y documentadas con prolijidad y precisión.

Sin embargo, para poder desarrollarnos y lograr que la institución crezca y sea eficaz para lograr sus objetivos eso no basta. No nos podemos sujetar sólo al rol descripto. Cada uno debe descubrir y ejecutar su "Rol Superior".



Ese "Rol Superior" no está dado por el cargo, sino que surge del interior de cada persona. Es a lo que estamos llamados. Es aquello que nos eleva como personas, y en definitiva, lo que aporta más valor.

Si por ejemplo, tengo la función de cajero, lo debo ejercer con competencia y honestidad. Aunque puede ser que mi "rol superior" esté dado por motivar a mis compañeros, mediar en los conflictos, sugerir innovaciones en los procesos y productos, ayudar a implementar mejoras, u organizar acciones de responsabilidad social.

El "Rol Superior" no anula la función encomendada, sino que la potencia y engrandece. La pregunta que cada uno tiene que hacerse es: ¿Cuál es misión en la institución, más allá de lo que está escrito?



¿Cómo realizar buenas preguntas?

Una habilidad importante

María Guadalupe Piñeiro



En nuestra vida cotidiana las preguntas cumplen un rol fundamental, tanto para conocer a los demás, como para desarrollar una conversación, obtener información o negociar. Aunque preguntar parece algo muy sencillo, la mayoría de las personas tienen dificultades para hacer buenas preguntas. A

diferencia de los periodistas o abogados, a quienes se les enseña a hacer preguntas como una parte esencial de su trabajo, quienes lideran organizaciones no reciben esa formación, con lo cual es imprescindible que la adquieran por sí mismos.

Aquí se plantean **distintas ideas para realizar preguntas**:

El primer paso consiste en analizar qué tipo de pregunta conviene utilizar en los distintos momentos de la conversación:

- **Introductorias** (“¿Cómo estás?” ¿Cómo van los objetivos?);
- **Espejo** (“Yo estoy bien, ¿y vos cómo estás?”);
- **Cambiantes** (una pregunta que cambie de tema);
- **De fácil seguimiento** (son las que amplían la conversación e invitan al otro a preguntar);
- **Para conseguir más información** (“¿Para que?” “¿Por qué?”).

Segundo, conviene analizar, cómo y cuándo mantener **preguntas abiertas**, para lograr profundizar la información que se requiere obtener.

Tercero, **prestar atención a la secuencia correcta**, desarrollando el orden más óptimo dependiendo del momento y las circunstancias. El orden de las preguntas puede cambiar radicalmente la conversación, al condicionar las respuestas.

Por último, **usar el tono adecuado**, debido a que no es lo mismo un tono más casual y relajado, para algunas preguntas, que un tono más serio y neutral para otras.

Por consiguiente, dependiendo de cómo se hayan realizado las preguntas, se obtendrán mejores respuestas y se logrará una conversación valiosa. Un buen formulador de preguntas es también **un excelente oyente, que escucha con atención las respuestas recibidas**.

La voz del Peregrino (Amor y alegría) Dir.: Fernando O. Piñeiro
Con las debidas licencias (censor: Mons Osvaldo Santagada)
RPI 852.330 - Marca acta 2.089.777 Fundación Diakonía- sangabriel93@gmail.com
Dios no se muda. comeventossangabriel.com FB: parroquia san Gabriel arcangel
IGJ 2391 (1971) www.lavozdelperegrino.com.ar



ALVEAR
CONSTRUCCIONES
www.construcciones-alvear.com



Lic. Inés C. Vera
Psicóloga (UBA) Cel: 15-5007-2898 4683-0605
inesvera54@yahoo.com.ar



Mónica Molnar
Propiedades
CUCICBA Mat. N° 6146

molnarprop@gmail.com

Av. Juan B. Justo 9073 -CABA
Tel. 4872-9999



Daniel Roda
Peluquería para caballeros
Gutenberg 3779 - Villa Devoto



Q · MANAGEMENT
CONSULTORES DE EMPRESAS
TEL: 4761-4251/2470
CP 1604, Florida. Vicente López
Av San Martín 3426, 3º Piso, Of 301

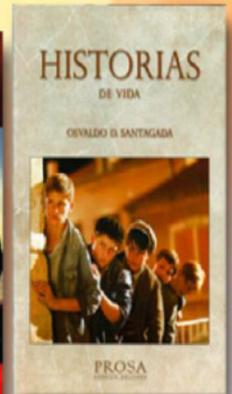
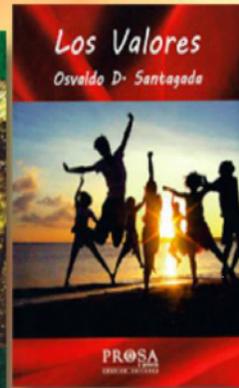
OPTICA
Nueva Visión
nuevavisionweb.com.ar

Servicios - Productos
Accesorios
Montevideo 564
4371-7631



COLECCIÓN GUÍA Y CONSEJO

LIBROS QUE
INSPIRAN
Y TRANSFORMAN



Pídalo: (011) 4682-2299 / fundiakonia@gmail.com

Dr. Rodolfo Vacarezza

Abogado

15-4991-8867

Especialista en:
Asesoramiento de empresas
Sucesiones en Italia y España
Derecho Penal y Civil

ESMERALDA 950
Torre Wework
Piso 16 Of. 113
CABA



CASA ESCALADA

Productos de ortopedia
www.casaescalada.com.ar

Av Rivadavia 9649
(011)4683-4477

La Blanquíta

Pastas caseras únicas

Av. Rivadavia 9569
4683-0145
(Villa Luro)

Judas y Jesús: drama de una amistad fracasada

Claudio Magris.

Entre los personajes de la literatura, (Ulises, Antígona, Fausto, Don Juan, Electra, y otros) está Judas, aunque el texto que le da vida tiene una gran autoridad: el Evangelio. A menudo se quiso interpretar, entender, indagar, dar vida a su destino y significado.



Ninguna lectura se quedó en la simplificación del traidor movido por bajas pasiones, envidias, celos o avidez. Hay muchas interpretaciones: Judas desilusionado porque esperaba un Mesías liberador; Judas auténtico redentor, pues si Jesús venía a llevar los pecados del mundo, él – a diferencia de Jesús que los asume de modo simbólico – los toma sobre sí, liberando a los demás y pagando por la culpa un precio más atroz que el de Jesús, más desesperado e indigno. Esta

tesis fascinaba a Borges. Existe un evangelio de Judas, apócrifo, que busca en las razones de Judas cada sombra del alma humana, su capacidad de bien y mal, la libertad de hombre frente al plan del Creador.

Otros relatan la historia de una amistad, una amistad fracasada por desgracia. Se trata de un estudio sobre la amistad, relación y sentimiento tan estudiados con agudeza, o retórica, o sofisticada psicología. Relación compleja, como cualquier relación humana; distinta y no menos importante que el amor y la familia.

También en la amistad, como el amor, hay dramas, alegrías y heridas. Amistad entre Jesús y Judas truncada de modo terrible, aunque sigue pese a la traición y a la muerte. Jesús, ¿tuvo amigos? *Son mis amigos, si cumplen mis mandatos*, dice Jesús en su último encuentro con los discípulos, cuando Judas ya fe a entregarlo, y Jesús está *muy perturbado*. ¿Pueden existir mandatos en la amistad? Sí, en cada momento de una relación hay alguien más cercano a la verdad, que entiende mejor las cosas de ese instante, y señala la ruta, aunque este papel de conducción, pasa de uno a otro. ¿Podía Jesús tener verdaderos amigos entre sus discípulos? De algunos sabemos poco, de otros sabemos más: Pedro impulsivo y generoso, Juan genial y demasiado profundo, Mateo prototipo del misionero y del testigo que narra.

Los apóstoles lo entendieron bien, cada uno a su modo, y contaron su vida con inigualable fuerza y verdad. Es difícil pensar en alguno como amigo de Jesús, en el sentido más genuino del término amigo. Ni siquiera Juan. Los discípulos son otra cosa, más alta y valiosa que la amistad, aunque ninguno es *un amigo*.

Sólo Judas aparece como capaz de una relación distinta con Jesús en el plano humano. Una relación de amistad – desfigurada por la traición y la culpa, si bien no borrada pues está en la raíz del corazón. Amistad que puede degenerar, aunque no esfumarse, lo mismo que Caín es el asesino de Abel, sin dejar de ser su hermano. +

“La Misión de cada cristiano”

Hacer lo que Jesús nos encomendó

Oswaldo Santagada

Hace muchos años una mujer, que colaboraba de modo admirable en la parroquia, dijo: *Los católicos somos buzones. Venimos, abrimos la boca, se nos da el alimento y nos vamos para no hacer nada. Somos católicos de la hora que pasamos aquí.* Nada dije, pero la vida le dio la razón. ¡Qué lección me daba el Espíritu mediante una buena feligresa!

Por eso, conviene interrogarse sobre **cuál es la misión que Jesús nos dejó**. No me refiero a mandamientos o preceptos a cumplir, ni tampoco a lo que no hay que pensar, hacer, decir u omitir. Somos aficionados a exculparnos. Hay que hallar la prueba de que *no hacemos nada*, como decía esa señora. Para saberlo hay que recurrir al Evangelio y descubrir **que hizo Jesús** en su vida y **qué les mandó hacer** a sus discípulos.

Jesús pasó su vida pública *sanando enfermos y expulsando demonios*. Tres evangelistas Mateo, Marcos y Lucas concuerdan en esto (leer Mat 8:16-17; Marc 1:32-34; Luc 4: 40-41).



También san Juan concuerda brevemente con esos dichos (leer Juan 6:2). Los evangelistas lo dicen claramente: *No necesitan médico los sanos, sino los enfermos* (leer Mateo 9:12; Marcos 2: 17; Lucas 5:31). El texto más sorprendente es el que trae las palabras de Jesús sobre los milagros que harán quienes crean en El: *“impondrán las manos a los enfermos y*

estos se curarán” (Marcos 16:17-18). Son palabras notables que hacen pensar: tenemos una promesa del Señor y no la hemos considerado; les atribuimos ese poder sólo a los clérigos! Parecería, sin embargo, que a cada uno que tiene Fe viva (es decir, que está en Gracia), Jesús le promete un poder de curación.

Es cierto que Jesús **dio a los apóstoles** un mandato expreso durante esa vida pública. Mateo dice que Jesús *les dio poder para sanar enfermos* y ellos lo hicieron así (Mateo 10:1 y 8). Lucas dice lo mismo (Lucas 9:1 y 6). Marcos añade un detalle que los otros no tienen: *los Doce expulsaban a los demonios y hacían unciones de óleo a muchos enfermos y se curaban* (Marcos 6:13). La unción parece exclusiva de los apóstoles. Después de la Resurrección los apóstoles curaban enfermos y expulsaban demonios (leer Hechos 5:15-16); la gente ponía a los enfermos para que incluso *la sombra de ellos* los curase. De Pablo se dice que usaban telas que habían tocado su cuerpo y con ellas *la enfermedades se sanaban y los espíritus malignos salían de los enfermos* (Hechos 19:12).

Ya sabemos cuál es la misión del cristiano: sanar enfermos y evitar enfermar a los demás; liberar a la gente de los espíritus tóxicos que enferman y quitan la libertad. Incluso volver al Sacramento de la Confesión para poder sanar a otros, una vez sanados nosotros.